

qué no ir á las Indias? En el ejército inglés podría ingresar de comandante por lo menos, y una vez en Bengala ya se las arreglaría para agenciarse una fortuna y volver á Córcega con posibilidad de figurar en la vida pública. De donde no, también se le presentaba el camino de organizar la artillería de los indios, que, según noticias, andaban deseosos de servirse de esta potente arma contra los ingleses, sus opresores. Napoleón comunicaba estos proyectos á su familia, que los oía con desagrado.

De tales ensueños le sacó un acontecimiento en que había de tomar parte: la expedición contra la vecina isla de Cerdeña, preparada de mucho antes. Ya en 1791 el famoso Buttafoco había propuesto apoderarse de ella, para lo cual bastarían á su juicio unos dos mil hombres. En Mayo de 1792, un corso natural de Bonifacio, que conocía muy bien la isla de Cerdeña por haber ejercido allí el comercio, presentó á la comisión militar de la Asamblea legislativa una memoria en que demostraba la necesidad de apoderarse de la isla vecina, cuyo rey era uno de los más encarnizados enemigos de la revolución francesa. El diputado Saliceti apoyó este plan, que, según la traza de su autor, era fácil de realizar. En Septiembre del mismo año, el Consejo ejecutivo aprobó definitivamente la expedición y nombró á Bartolomé Arena y Mario Peraldi comisarios para que la acompañasen y parlamentaran con los sardos su anhelada libertad. El Consejo ejecutivo quiso de propósito que ambos comisarios fuesen corsos para inspirar más confianza á los sardos, que miraban como hermanos á sus vecinos. Peraldi, que predecía el éxito de la expedición, creyendo que los sardos iban á recibir á los franceses como libertadores, expuso al Consejo ejecutivo su plan de campaña, consistente en establecer en Ajaccio la base de operaciones y simular un ataque en el estrecho, mientras que el grueso de la expedición caería sobre Cagliari, capital de la isla, cuya toma decidiría la campaña. Para el mando militar de la expedición propuso Peraldi á Paoli, pero el Consejo ejecutivo no fué del mismo parecer, por cuanto Paoli era gobernador militar de Córcega y no convenía que saliese de la isla, y lo confió al general Anselme, quien rehusó el nombramiento con pretexto de que precisaba su presencia en el condado de Niza, que acababa de conquistar, siendo, por lo tanto, peligroso distraer las tropas del Sur para emplearlas en la expedición á

Cerdeña. Así propuso él mismo al mariscal de campo Rafael Casabianca, natural de Córcega.

La flota del almirante Truguet transportó á Ajaccio un cuerpo de ejército de cuatro mil hombres. Iba también á bordo Lemonville, nombrado embajador de Francia en Constantinopla, y mientras los buques estuvieron anclados en Ajaccio, desembarcaron varias veces Truguet y Lemonville, quedándose en la población algunos días seguidos, hospedados en casa de los Bonaparte, quienes les obsequiaron con repetidas fiestas y bailes. El almirante Truguet se enamoró de Elisa, aunque no llegó á pedir su mano, que sin duda se le hubiese otorgado, pues el almirante era un partido ventajosísimo para los Bonaparte. Por esto dijo más tarde que había despreciado la fortuna.

Entretanto la expedición se retardaba demasiado, y tanta demora podía tener funestas consecuencias. Paoli no era extraño al retardo, pues en su interior, y en el círculo de sus íntimos, desaprobaba la expedición, porque los excesos revolucionarios le tenían inquieto y no le emocionaba aquel pretexto de librar á los sardos de la tiranía de un rey. Previendo, pues, el desgraciado fin de la expedición, estorbó Paoli cuanto pudo los movimientos de Casabianca y Truguet, y al pedirle el jefe de la expedición que le auxiliase con los cuatro regimientos de guarnición en Córcega, respondió diciendo que, como lo necesitaba, sólo podía proporcionarle 1.800 hombres. Las tropas, por su parte, se indisciplinaban impacientes, y aun se notaron algunas deserciones. Especialmente los marineros cometieron todo género de violencias, peleándose con los voluntarios, á dos de los cuales asesinaron el 18 de Septiembre. Al enterarse de la muerte de sus compañeros se juntaron en masa, dirigiéndose al puerto con propósitos de venganza; pero previendo los jefes lo que iba á suceder, mandaron á los marineros que embarcasen inmediatamente, y como era imposible que también lo hiciesen los voluntarios, quedóse Paoli con ellos, sustituyéndolos con el segundo regimiento y parte del 26 y del 52. Pudo entonces la escuadra desplegar velas, pero la indisciplina de los marineros malogró la expedición. A bordo de los buques se constituyeron en club y se atrevieron á imponer su voluntad á los oficiales, pues por temor de que les acusaran de aristócratas, no osaban éstos recurrir al castigo de los cabezas de motín. Una escuadra compuesta de

semejantes elementos había de fracasar sin remedio, y así fué que, al primer ataque contra Cagliari, se profirieron gritos de traición y el almirante desistió de la empresa.

Ya dijimos antes que el plan consistía en simular un ataque á la isleta de la Magdalena, en el estrecho de Bonifacio, y con este objeto pidió Truguet á Paoli que destinara cuatro batallones de voluntarios á dicha operación militar, cuya base estaría en Bonifacio. Paoli no quiso desprenderse de tantas fuerzas y ofreció dos batallones al mando del coronel Cesari, propuesto por Truguet. No era posible nombrar peor jefe, pues aparte de su ineptitud militar miraba con muy malos ojos la expedición, cuyo mando había rehusado ya antes de entonces varias veces con infinidad de pretextos, hasta que lo aceptó de mala gana por temor de que le acusaran de falta de civismo, lo cual era muy grave en aquel tiempo. Fué, pues, Cesari á Sartene para revistar el cuarto batallón expedicionario, mandado por Leca de Vico, y el más díscolo é indisciplinado. El segundo batallón, cuyos jefes eran Quenza y Bonaparte, estaba ya en Bonifacio, y no tenía mejor espíritu que el cuarto, pues se le adeudaban los haberes de muchos meses, y gracias á la prudente habilidad de Bonaparte, no se relajaba del todo la disciplina.

Cesari se preparó lentamente á entrar en operaciones, pidiendo ante todo subsidios á Paoli y Truguet para pagar los atrasos de las tropas. Escogió 550 soldados del regimiento 52 y de los voluntarios corsos y embarcó cuatro cañones en la corbeta que Truguet le había proporcionado para el transporte de las tropas. Napoleón, que después de tantos días de ociosidad ansiaba moverse, auxilió los preparativos. Durante la espera de entrar en campaña se entretuvo en el tiro de cañón, dando frecuentemente en el blanco. En Bonifacio observaron ya sus compañeros y algunos oficiales de la flota, las cualidades de celeridad, exactitud y minuciosidad que Napoleón desplegó más tarde.

Dióse á la vela Cesari en cuanto se consideró apto para el ataque; pero al promediar el estrecho quedaron los buques en calma chicha, y fué preciso aprovechar una brisa que se levantó más tarde para retroceder á Bonifacio, pues no era posible aventurarse hacia la isleta de la Magdalena en la obscuridad de la noche. Dos días después reiteró Cesari la orden de partida, y á las cuatro de la tarde desembarcaron

en la isla de San Esteban, cuya guarnición sarda se refugió en el fuerte para rendirse al día siguiente. Napoleón montó una batería frente á la isleta de la Magdalena, que era el principal objeto de la expedición, y él mismo cuenta lo sucedido. Los días 24 y 25 de Febrero se dispararon bombas y granadas que apagaron los fuegos sardos é incendiaron parte de la aldea de Santa Magdalena.

Tras las primeras hostilidades convocó Cesari consejo de guerra, que acordó tomar la posición, vista la poca dificultad que ofrecía, pues no contando la guarnición enemiga más allá de 500 hombres y apagadas sus baterías, sólo faltaba abordar á la isla. Sin embargo, sobrevino la dificultad de que los tripulantes de la corbeta eran bisonños, y como tales, inexpertos en marinería, y al ver gente en la orilla de la isla, creyeron que contra ellos navegaba una poderosa armada. Así fué que, dando oídos tan sólo á su temor, amainaron velas cuando los voluntarios se disponían al ataque. El rumor de esta deserción indignó á las tropas de desembarco, y Cesari, con admirable serenidad, se trasladó con veinte hombres en una chalupa á bordo de la corbeta, cuyo capitán, azorado al verles, sólo quiso admitir la mitad á bordo. Subió, pues, Cesari con diez hombres y, llevándolos á un camarote inmediato á la Santa Bárbara, les dió instrucciones pertinentes al caso.

Por la mañana un marinero avisó á Cesari que la tripulación desplegaba velas en retirada. Entonces el coronel arenga á los marineros, suplicándoles que no falten á su deber, y como desoyesen el ruego, les dijo que por lo menos esperasen á que las tropas reembarcaran, protegiendo su retirada á Bonifacio. Obcecados los marineros por la idea de partir en el acto, iban á negarse resueltamente á todo, cuando Cesari les dijo que los diez hombres embarcados la víspera estaban junto á la Santa Bárbara esperando sus órdenes, y á la menor muestra de desobediencia, mandaría volar la corbeta. La amenaza produjo efecto, y Cesari enteró inmediatamente de todo á Bonaparte y Quenza, que estaban en plenos preparativos de ataque y quedaron estupefactos al recibir la orden de retirada, pues estaban seguros del éxito.

Refieren varios historiadores que, por tal motivo, tuvieron Cesari y Napoleón varios altercados. Cesari alegaba que las circunstancias le habían obligado á ordenar la retirada, pero Napoleón le acusó tan

acrememente de impericia y de ser enemigo solapado de la expedición, que Cesari le replicó airado, llamándole insolente.

Napoleón se había convencido de la grandísima importancia estratégica de la isla de la Magdalena, que hoy está poderosamente fortificada, y por ello redactó una memoria, apenas llegado á Bonifacio, representando la afrenta sufrida por las armas republicanas, y exponiendo á la vista del mapa un nuevo plan de ataque fundado en la pasada experiencia.

También años después puso Napoleón los ojos en la isla de la Magdalena, en donde Nelson se refugiaba frecuentemente, diciendo que su rada era una de las mejores del Mediterráneo. En 1800 envió contra la isla una expedición al mando del general Cervoni, bajo la vigilancia del comisario Saliceti; pero circunstancias independientes de su voluntad, desbarataron el proyecto. Otras expediciones intentó diversas veces, sin que el destino le permitiera dar cima á una de las empresas que más le preocuparon.

Respecto de su persona, tuvo aquella primera expedición por único resultado poner su vida en peligro. Como no pudo por menos de vituperar acerbamente la cobardía de los marineros de la corbeta, un grupo de ellos le acometió, algunos días después de desembarcar en Bonifacio, profiriendo gritos de: «¡Muera el aristócrata!» Unos cuantos voluntarios de Bocognano, adictos á Napoleón, le libraron del peligro, y él mismo hubo de calmarles, pues querían hacer mortal escarmiento en los marineros; pero aun así, no pudo impedir que un voluntario apuñalara á uno de los acometedores.